

Le primat du politique.
El realismo político de raymond aron

Jerónimo Molina Cano*

Sumario

1. Liberalismo político y liberalismo económico. 2. Aron, el europeo. 3. La mentalización del mundo histórico-político. 4. La política en la historia. 5. Despoetizar los regímenes. 6. El maquiavelismo moderado. 7. El primado de lo político en el liberalismo. 8. Bibliografía.

Entre los grandes escritores políticos franceses de la segunda mitad del siglo XX ocupa Raymond Aron [1905-1983] un lugar preeminente. «Anticomunista sin remordimientos» y crítico de toda forma de totalitarismo, su trayectoria intelectual estuvo marcada por los grandes acontecimientos políticos que se desarrollaron, en ocasiones bajo la especie de una profunda discontinuidad política, desde el final de la Gran guerra y la ola de pacifismo pánico que desencadenó, hasta la irrupción del arma nuclear en el sistema de relaciones interestatales y la estabilización de una estructura bipolar sobre la que gravitaba, como elemento distensor, el miedo a una guerra de aniquilación inédita. Con razón pudo caracterizar la «Guerra fría», según reza su conocido lema, como una situación de «paz imposible, guerra improbable». La historia en marcha o haciéndose (*l'histoire en se faisant*) fue su elemento vital y a sus determinaciones y a la ocasión respondió con un pensamiento libre de prejuicios y desvinculado de confesiones ideológicas vulgares. Así, de su socialismo juvenil, equívocamente irenista y muy poco realista, como correspondía a un asiduo de los círculos de Alain [1868-1951], Aron evolucionó hacia el peculiar radicalismo liberal de Élie Halévy [1870-1937]. La política alemana de Weimar, sistema cuyo desmoronamiento conoció de cerca y, sobre todo, la experiencia bélica de la *Francia libre* le hicieron abandonar

* Universidad de Murcia.

definitivamente las doctrinas socialistas, incompatibles con su temperamento de escritor político realista y veraz. Fue precisamente Halévy, el malogrado historiador del socialismo y de las ideas políticas inglesas, quien apuntó antes que nadie la gran paradoja del socialismo de la I postguerra, pues sus partidarios, de la quinta remarqueana, eran jóvenes, muchas veces con una notable instrucción, que «llegaban a él por el hastío y el odio a la guerra, pero se les proponía un programa que consistía en la prolongación del régimen de guerra en tiempos de paz».

1. Liberalismo político y liberalismo económico

La opinión de Halévy da razón, precisamente, del posterior giro antisocialista de una de las generaciones europeas que más alto rayaron en la defensa del liberalismo y a la que perteneció Aron. Este fenómeno espiritual dio lugar en naciones como Alemania al grupo ordoliberal y de la Economía social de mercado, aglutinador de economistas de la talla de Walter Eucken [1891-1950], Wilhelm Röpké [1899-1966] y Alfred Müller-Armack [1901-1978]. La labor política y económica de todos ellos, antes y después de la II Guerra mundial, tal vez sólo sea comparable en Europa con la legendaria generación de François Guizot [1787-1874], la del liberalismo doctrinario francés. Pero esta mutación del espíritu tuvo magnitud continental a juzgar por lo que supusieron, en términos ya prácticos, ya teóricos, Luigi Einaudi [1874-1961] en Italia, Lionel C. Robbins [1898-1984] en Inglaterra o Luis Olariaga [1885-1976] o Lucas Beltrán [1911-1997] en España. En este punto, la influencia del austriaco de nación Friedrich A. von Hayek [1899-1992], afincado en Inglaterra y los Estados Unidos, trasciende los particularismos nacionales. Y lo mismo podría decirse de Ludwig von Mises [1881-1973]. El caso francés no es en realidad muy diferente, pues basta para constatarlo Jacques Rueff [1896-1978], el más notable de los economistas neoliberales franceses de la postguerra y crítico implacable del «inflacionismo», consecuencia del «pecado monetario de occidente». Su exordio de 1931 ante un grupo de *Polytechniciens* intervencionistas — «Pourquoi, malgré tout, je reste libéral» — tiene aún hoy un elevado valor de ejemplo cívico, pues respondía en ambiente hostil a un elocuente mensaje de la presidencia de la reunión — «La fin du libéralisme» —. Por de pronto, esta gavilla de economistas, que sin duda podría ampliarse con los nombres de otros ingenios medianos, nos indica que nunca como en el siglo XX han tenido los economistas políticos la capacidad de influir decisivamente sobre la dirección del Estado, pues muchos de ellos fueron llamados por sus gobiernos para participar en las tareas de reconstrucción nacional — lucha contra la inflación, el desempleo, etc. Mas se trata en realidad de un episodio normal, pues el consejero o facultativo político de la época estatal ha sido, indistintamente, un jurista o un economista — las estirpes de Jean Bodin [1530-1596] y Anne Robert Jacques Turgot [1727-1781]. Si hay algo extraño en la renovación de las doctrinas liberales durante el siglo XX, no es la relación con las políticas estatales de los economistas partidarios

del libre cambio, sino el relativo eclipse de los escritores políticos y juristas de Estado que se han encarado con los problemas de la organización y la convivencia políticas. La cuestión no es baladí, pues trae prendida la disputa sobre la condición política o económica del liberalismo. La prevalencia de una u otra permite hablar de liberalismo político o, sin más, de realismo político, o bien de liberalismo económico o economicista, incluso de «libertarismo» (*libertarianism*). El problema, en realidad, viene de antiguo, pues a los seguidores de Frédéric Bastiat [1801-1850] — los «economistas» por excelencia — les ofendía ser llamados «liberales», término que hasta la Revolución de 1848 podía aplicarse, por ejemplo, a un Benjamin Constant [1767-1830], pero no al círculo del influyente *Journal des Économistes*.

Actualmente, el término «liberal» parece monopolizado por los economistas, que acusan una cierta tendencia antipolítica, sobre todo en los desarrollos anarcocapitalistas de la Escuela austriaca, a la que suele plegarse, mediando cierto complejo intelectual, la mayoría de los escritores políticos. Esto, que en parte responde al indiscutible éxito teórico del análisis austriaco, tiene que ver también con el programa inicial de reconstrucción del liberalismo, expuesto en París en el Coloquio «Walter Lippmann». Como se sabe, la traducción francesa de un famoso libro del periodista norteamericano Lippmann [1889-1974] — *Inquiry into the principles of the good society* (1937) o *La cité libre* — permitió al filósofo Louis Rougier [1889-1982], a finales de agosto de 1938, convocar a una selecta representación del mundo empresarial, la alta función pública y los nuevos economistas liberales (Hayek, Mises, Rueff y Robbins entre otros). El objetivo, una vez constatada la declinación de la civilización liberal, era impulsar la renovación del liberalismo económico, condición del renacimiento del liberalismo político. Aquel coloquio, del que surgió la idea de un *Centre international d'études pour la rénovation du libéralisme*, truncado por la guerra, fue el antecedente directo de la *Mont-Pèlerin Society* (1947), organización de la inteligencia liberal internacional cuyo sesgo economicista se ha acentuado con el tiempo, singularmente desde que las disputas internas entre ordoliberales y austriacos llevaron al cisma en la Asamblea de Turín de 1961. Para estos últimos, el mercado como *natura naturans* viene a ser la institución natural subyacente a los diversos órdenes de la acción humana, mientras que para los ordoliberales, el mercado — *natura naturata* — es una institución artificial fundada por una decisión política y sostenida por el derecho.

La desigual situación de los liberalismos económico y político hace necesario un reequilibrio para que se vuelva a reconocer la dimensión política del liberalismo, aspecto trascendental de la doctrina dado el primado histórico de lo político. Por fortuna, no han faltado a lo largo del siglo XX los escritores políticos liberales, expresión que, en no pocos casos, puede ser sustituida sin violencia por la de «realistas políticos». Así, a los mencionados economistas alemanes hay que sumar juristas como Hans Großmann-Doerth [1894-1944] y Franz Böhm [1895-1977] o

escritores y ensayistas políticos como Alexander Rüstow [1885-1963]. Al lado de algunos economistas españoles del periodo franquista, muy influidos por Eucken y, en general, el ordoliberalismo, hay que recordar la dimensión académica de Luis Díez del Corral [1911-1998], el gran solitario de la historiografía liberal hispánica; también el liberalismo hispanizado — no siempre bien entendido — de Gonzalo Fernández de la Mora [1924-2002]. En Francia, una languideciente tradición liberal que había olvidado a Tocqueville [1805-1859] durante casi un siglo, se rearmó después de la II Guerra mundial. Así, dejando a un lado filósofos y críticos de la cultura como Louis Rougier, muy activos ya en el periodo de entreguerras al lado de otros europeos egregios — Guglielmo Ferrero [1871-1942], Johan Huizinga [1872-1945] y José Ortega y Gasset [1883-1955] —, el liberalismo político francés de la segunda mitad del siglo pasado ha contado con tres grandes figuras: Bertrand de Jouvenel [1903-1987], estudioso de la economía intervenida y muy relacionado con los ambientes de la Sociedad de Naciones en su juventud, pero autor de libros profundamente políticos, realistas y liberales en los que se denuncia el crecimiento sin medida del poder (*El poder*, 1945) o se ensaya una exposición sistemática de la política (*La teoría pura de la política*, 1963); el lorenés Julien Freund [1921-1993], antiguo resistente socialista y sin embargo discípulo de Carl Schmitt [1888-1985], autor de uno de los grandes tratados políticos contemporáneos (*La esencia de lo político*, 1965); y el profesor y periodista *parisien* Raymond Aron, a quien estas páginas están, si beatería de escuela, dedicadas.

De lo dicho debería quedar claramente fijada, sin discusión posible, la posición de Aron entre los liberales europeos, economicistas o políticos. Empero, su plena recepción en la generación liberal europea instruida en una nueva política de cultura a principios de los años 90, no ha tenido todavía lugar. Ello tiene que ver con el desencuentro, crónico desde el final de la II Guerra mundial, entre los liberales políticos, coadyuvantes por lo demás del consenso socialdemócrata y los economistas liberales, cuya crítica del Estado socialdemócrata constituye no más que una acotación a los presupuestos *a priori* de la Escuela austriaca sobre la acción humana. Para un liberal *austriaco* todo escritor político — y también cada gobernante — resulta ser, en último análisis, un adicto al intervencionismo, pues sigue operante el famoso prejuicio que Franz Oppenheimer [1864-1943] vertiera en su libro *Der Staat* (1908) sobre los medios de la acción política: «la política consiste en la apropiación sin contrapartida del trabajo de los demás», mientras que el medio de la economía es el intercambio voluntario. En cierto modo, un corolario de esta tesis es la creencia, muy poco política, en la «indivisibilidad de la libertad», impugnada sin demasiada fortuna por Benedetto Croce [1866-1952]. «El más grave error de los liberales, solía decir Aron, ha sido creer que el liberalismo político y el liberalismo económico marchaban de consuno [...] Tengo para mí que para instaurar un sistema económico liberal como el defendido por von Hayek o Jacques Rueff haría falta la dictadura política». Se llega así a la equívoca relación del autor con la economía política, a la que siempre se aproximó con mentalidad

estatal ajena a todo doctrinarismo economicista. En esa clave debe leerse este párrafo de su curso sobre la democracia y la revolución profesado en la Escuela Nacional de Administración Pública en 1952 y publicado póstumamente como *Introducción a la filosofía política* (1997): «El liberalismo político, definido por un sistema electoral, de modalidad parlamentaria, que regula la lucha por el ejercicio del poder, conduce de manera casi fatal a un sistema de economía en parte dirigida, en parte socialista». Del mismo tenor es la opinión recogida en sus conferencias de las *Jefferson Lectures, Ensayo sobre las libertades* (1965): «la economía mixta, la democracia liberal y el *Welfare State* [...] me parecen actualmente el mejor compromiso entre las diversas libertades que la sociedad moderna ambiciona dar a los hombres», por mucho que esa formulación, concluía, se prestara a las críticas *whig* del liberalismo a la Hayek o a las del colectivismo que aspira a liberar a la humanidad del «miedo a la necesidad». También en *Memorias. Cincuenta años de reflexión política* (1983) reafirmó su compromiso intelectual con el régimen «menos malo» — demoliberalismo y economía mixta —, en aparente contradicción con «la conciencia de que estos mismos regímenes pueden suscitar una especie de guerra civil permanente, en la que los ciudadanos se conviertan en puros consumidores, se multipliquen los grupos de presión y se paralice el Estado».

No podemos detenernos aquí en el «pensamiento económico» de Aron, cuyas grandes líneas apenas aparecen sistematizadas en su obra, fuera de las tesis que, desde la perspectiva sociológica, se recogen en — *18 lecciones sobre la sociedad industrial* (1962). Sin embargo, para no dar lugar a confusión sobre su actitud inequívocamente liberal, a pesar de su aceptación de la economía mixta por razones de prudencia, conviene recordar bajo qué supuestos y con qué metas se aproximó el autor a los problemas de la economía política. No se pierda de vista, en cualquier caso, que la aceptación de un cierto grado de intervencionismo estatal, característico de la socialdemocracia europea — a fin de cuentas dentro de la órbita occidental —, no significaba una claudicación intelectual; de hecho, Aron se mostró intransigente con la falta de criterios del socialismo francés proclive al infausto «programa común de la izquierda». «¿Cuánto tardarán los socialistas en comprender la lección del S. P. D., que gobierna en la República Federal enredado en el oportunismo? ¿Cuánto tardarán en llevar la economía al caos? ¿Cuánto tiempo le hará falta a Francia para salir de esa situación?».

Entendía Aron que todo aquel que se enfrentase al análisis económico tenía que referir su pensamiento, en última instancia, a un esquema teórico. Así, aunque hasta el comienzo de la guerra su lectura económica fundamental fue *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936), de J. M. Keynes [1883-1946], de la que llegó a redactar un estudio «felizmente perdido, que en el mejor de los casos sería una colección de comentarios banales y exactos», Aron nunca se tuvo a sí mismo por un keynesiano. Mucho menos por un marxiano, a pesar de que Karl Marx [1818-1883] fue su gran obsesión intelectual — confirmada una vez más por su obra póstuma *Le marxisme de Marx* (2002) . En el centro de sus

preocupaciones económicas se hallaba en realidad la noción del «crecimiento», «acaso el problema central de la ciencia económica moderna». Es característico de cada época que la ciencia económica «adopte como objeto principal de su investigación un aspecto particular de la realidad». Si los mercantilistas se concentraron en las reservas de metales preciosos, los liberales en la bondad del librecambio y los economistas neoclásicos en el equilibrio automático de los mercados, la economía de su época había descubierto la relevancia del «crecimiento económico». Según Aron, aunque este dato era bien conocido por las sociedades europeas, únicamente se convirtió en elemento determinante del pensamiento económico al desarrollarse los métodos cuantitativos que permitieron comparar la situación de la Europa libre con la del Imperio soviético o los países subdesarrollados. Ese era, en su opinión, uno de los grandes méritos del estudio del economista católico Colin Clark [1905-1989] *Las condiciones del progreso económico* (1940, 1951). Este clásico de Clark tuvo sobre él gran influencia, aunque personalmente Aron prefiriera el empleo de términos como «desarrollo» o «crecimiento» a «progreso» y, para decirlo todo, reprochaba al economista inglés que «al fijar su atención sobre las estadísticas, constató simplemente el crecimiento sin interrogarse sobre las condiciones necesarias que lo hacen posible». Lo mismo podría decirse de *La gran esperanza del siglo XX* (1949), de Jean Fourastié [1907-1990], el cual, según escribe Aron en *18 lecciones sobre la sociedad industrial*, «retomó las ideas directrices de Colin Clark para, en muchos puntos, modificarlas, corregirlas y mejorarlas».

El crecimiento económico presupone toda una serie de tensiones y desequilibrios que dan el carácter de etapa de transición a la sociedad contemporánea. Cabe esperar, según se expone en el capítulo VIII de *18 lecciones sobre la sociedad industrial*, una fase de equilibrio o al menos de estabilización. En qué consistiría esta última resultaba difícil de pronosticar fuera de unas pocas conjeturas sobre la transformación de los sectores productivos o la representación ideal de la sociedad bajo la forma de una burocracia gigantesca. Por lo demás, no convenía dejarse llevar ni por el optimismo de la técnica, ni por el pesimismo de marxistas y antimarxistas. «Pertenezco a la escuela probabilista; no creo en la necesidad del progreso económico indefinido, ni en la necesidad de catástrofes fecundas o catástrofes definitivamente catastróficas. Soy optimista, pero a beneficio de inventario». Aron, cuyo temperamento de sociólogo sustituía al economista, pues en realidad carecía de lo que Israel M. Kirzner [1930] llamó, en un libro de igual título, *The economic point of view* (1960), contempló el fenómeno del «crecimiento» como uno de los supuestos históricos de su teoría de la sociedad industrial — clave, por lo demás, del acceso a su obra — y causa — asociada al desarrollo técnico — de la dialéctica de la modernidad, asunto al que dedicó su libro *Les désillusions du progrès* (1969), relato del fracaso de la ambición prometéica de las sociedades contemporáneas. Justamente, el crecimiento como categoría económica central le permitió acuñar el concepto de «sociedad indus-

trial», por el que debe entenderse una suerte de orden de heterogeneidades caracterizado por la división del trabajo, la concurrencia de jerarquías, la pluralidad de intereses (o grupos) y, finalmente, la necesidad de técnicos. Bajo esta óptica sociológico-económica no le parecía que hubiese verdaderas diferencias entre las dos especies de sociedad industrial, la de tipo soviético y las de tipo capitalista, pues «todas las sociedades industriales son progredientes, aspiran a calcular racionalmente y consideran que los deseos de los individuos son ilimitados». En realidad, lo que las separa y particulariza, según se verá después, es el elemento político.

Las *18 lecciones sobre la sociedad industrial*, contenido de su curso de 1955-56 en la Sorbona y que forma una trilogía irregular junto a *La lucha de clases* (1964) y *Democracia y totalitarismo* (1965), así mismo cursos profesados en la Universidad de París entre 1956 y 1958, fueron redactadas en el ambiente optimista de los «Treinta gloriosos», la revolución invisible de 1945 a 1976 estudiada por Fourastié. Ya en los años 70, bajo el impacto de la crisis del petróleo, Aron se encargaría con el problema del crecimiento de un modo menos simplista, aunque contemplando seriamente la posibilidad del crecimiento a pesar de la recesión. En este sentido, el «milenarismo catastrófico revestido de cifras» del primer Informe del Club de Roma, *Los límites del crecimiento económico* (1972), era algo que le disgustaba especialmente. Era, escribía en sus *Memorias*, como si «a la Gran esperanza de los años 60» se respondiera mediada la década siguiente con «la *Grande Peur* del año 2000», interfiriendo en el análisis racional con el recurso a conceptos colectivos como la «especie humana». Estrecha relación con esta temática tiene, al menos en su concepción editorial original, uno de los libros aronianos mejor conocidos en los ambientes liberales: *En defensa de la libertad y de la Europa liberal*, cuyo título francés, *Plaidoyer pour l'Europe décadente* (1977), alude expresamente a la decadencia de la civilización liberal europea, preocupación, por lo demás, muy toquevilliana.

Según el proyecto original de aquel libro, era objetivo de su autor demostrar la superioridad de la economía libre de occidente sobre la burocracia y el planismo económico soviéticos. Ese es, en efecto, el contenido esencial de la segunda parte: «Europa inconsciente de su superioridad». Sin embargo, el libro es mucho más que una acotación ensayística a la situación económica de una Europa en la que parecían haberse agotado los milagros y esfumado la autoridad de las instituciones. Pues un libro que rechaza el tópico de la época según el cual «Todo el mundo es ya marxista» o, en la fórmula de Maurice Duverger [1917], «Todos somos socialistas» afirmaciones consecuentes, por lo demás, con la impronta socialdemócrata de las constituciones de la postguerra era, ante todo, una reflexión sobre los verdaderos enemigos de Europa. Por esta razón, la crítica que recibió de los intelectuales de izquierdas, generalmente ayunos de ciencia económica, parece hoy más vana y fútil que nunca. No puede decirse que haya comprendido su mensaje quien le reproche, precisamente a Aron, uno de los escritores liberales más *políticos* de su generación, el haber escrito su alegato europeo en *homo oeconomicus*. Cuánta

verdad encierran fórmulas como esta, que Aron, en sus *Memorias*, elevó a una cuasi categoría de la sociología del conocimiento del intelectual de izquierdas: «el rechazo de lo económico se generaliza a veces bajo la especie de un ‘cretinismo literario’».

2. Aron, el europeo

En un artículo editorial de la revista *Información comercial española* (nº 382, 1965) se presentaba al autor, precisamente, como «Aron, el europeo». Visto en perspectiva, puede decirse que fue el suyo, a todos los efectos, un pensamiento «europeo» más que «europeísta», en la acepción socializante, burocrática y estatista que de este último término se ha impuesto últimamente a la Opinión. Por otro lado, aun escritos en clave francesa, sus libros sobre las guerras hiperbólicas del siglo XX o la articulación de un orden internacional se mueven siempre en un horizonte de preocupaciones europeo y liberal. *En defensa de la libertad y de la Europa liberal* constituye la síntesis de un programa cultural, en su más elevado sentido político, para el liberalismo. Más allá de su escasa relevancia contemporánea como «estudio económico», esta obra debe comprenderse en el contexto de una constante del liberalismo francés desde 1870: la preocupación por la decadencia de Francia y, en general, de Europa.

La visión aroniana de Europa es la de quien se sentía partícipe de las tradiciones espirituales que han regido el Viejo continente durante la época contemporánea, al menos hasta el final de la II Guerra mundial. Tratándose de un francés formado en el ambiente cultural de la III República, cuyo espíritu inficionó el bacilo del resentimiento contra Alemania — lo que explica tanto el desastroso *Diktat* de Versalles como la irresponsable indolencia de la paz denunciada por de Jouvenel en *Après la défaite* (1941) —, resulta extraordinario su interés por el pensamiento alemán. Aron fue lector en la Universidad de Colonia durante 18 meses (desde marzo de 1930), pasando después al Instituto Francés de Berlín, ciudad en la que permaneció hasta el verano de 1933. Asistió pues al desmoronamiento de la República de Weimar. Sugestionado por la constatación sobre el terreno de las palabras de Arnold Toynbee [1889-1975], «*History is again on the move*», escribió numerosos artículos sobre la situación alemana para las revistas *Libres propos* y *Europe*, leyó por primera vez *El capital*, «aunque carecía de una cultura económica suficiente para comprenderlo y juzgarlo adecuadamente», y entró en contacto con la sociología alemana, prefiriendo a Max Weber [1864-1920] y postergando al patrón de la sociología francesa Émile Durkheim [1858-1917]. *La sociologie allemande contemporaine* (1935), fruto de sus trabajos juveniles en Alemania, es algo más que un recorrido escolar por el pensamiento de los grandes sociólogos alemanes — entre otros: Weber, Georg Simmel [1858-1918], Leopold von Wiese [1876-1969] o Karl Mannheim [1893-1947]. De alguna manera, el primero de sus libros vino a ser la realización práctica de uno de sus

mayores empeños intelectuales de aquellos años: el entendimiento francoalemán. Ese estudio precursor, lógicamente superado por trabajos posteriores, dio a conocer a Weber a la intelectualidad francesa. Continuación de ese proyecto fue también, en parte, el *Éssai sur une théorie allemande de l'histoire. La philosophie critique de l'histoire* (1938), proyectado inicialmente como tesis doctoral. La intimidad intelectual de Aron con Alemania, apenas interrumpida por la guerra y reafirmada simbólicamente en su magnífico *Pensar la guerra, Clausewitz* (1976), le hizo justo acreedor en 1979, gracias a la discreta mediación de Günter Maschke [1943], al Premio Goethe, alto reconocimiento cultural que le fue concedido por la ciudad de Frankfurt (del Meno).

La Alemania de los primeros años 30 cambió profundamente a quien sus camaradas del Seminario de romanística de Colonia apodaron admirativamente *Die Denkmaschine*; en efecto, allí descubrió la política y se apartó del idealismo sin horizontes de la filosofía alainiana. Del mismo modo, su experiencia del mundo anglosajón no resultó menos determinante para su visión política. En primera instancia a través de la anglofilia de su admirado Halévy, «como los verdaderos liberales, pacífico», cualidad de la que, según este había confesado a Aron, únicamente podía presumir un librecambista. Más tarde fueron notables las influencias recibidas durante los más de cuatro años que pasó en Londres, trabajando para el gaullismo y *La France libre* hasta que regresó a Francia en septiembre de 1944. No obstante, sus relaciones con de Gaulle [1890-1970] nunca fueron buenas; a pesar de su militancia política a favor del General después de la Liberación, en el *Rassemblement du Peuple Français*, entre 1947 y 1952, el suyo no dejó de ser, como decía su biógrafo Nicolas Baverez [1961], un «drôle de gaullisme». Aron dejó voluntariamente envueltas en el misterio la ambigüedad de sus relaciones con de Gaulle, mencionando en sus *Memorias* unos «motivos oscuros y profundos». Más directo, el héroe de Colombey reconocía una cierta hostilidad personal hacia quien, como Aron, no se recataba en sus accesos antigaullistas, tal vez por el prurito de ir a contracorriente. Al parecer, el redactor de *La France libre* solía decir que de Gaulle era un Badinguet — apodo que mortificaba a Napoleón III —, difundiendo además en los Estados Unidos la idea de que aquel no era más que un general de Pronunciamiento, al estilo latinoamericano.

En Londres entró en contacto directo con los economistas liberales del *Reform Club*, entre otros Friedrich A. Hayek [1899-1992], con quienes solía reunirse semanalmente. Allí también descubrió su vocación atlantista — en contra de la tradición epirocrática francesa —, cultivada más tarde en sus escritos sobre las relaciones internacionales en la Guerra fría y proyectada sobre la ribera noroccidental del océano, pues no en vano dedicó un libro bastante personal a los Estados Unidos de América: *La República imperial* (1972). Su interés por los Estados Unidos, no como «objeto de pasiones favorables u hostiles, sino más bien de estudio», según recordaba en la introducción de *Ensayo sobre las libertades*, le emparentaba con doble vínculo con el olvidado Tocqueville, uno de los raros

liberales franceses de vocación anglófila junto al barón de Montesquieu [1689-1755] y Halévy, el «eslabón» francés entre el liberalismo decimonónico y el neoliberalismo del siglo XX. Su anglofilia, compatible empero con su nacionalismo y la admiración por el espíritu germánico, hacen de él un escritor político verdaderamente singular y cosmopolita.

Sin dudarle, su lugar intelectual es el de la tradición liberal que Dalmacio Negro [1931] ha propuesto denominar «política» para oponerla a la «regalista», típicamente francesa, en la que eventualmente, cabe añadir, se combinan el estatismo con el utopismo. «En política — ha dejado dicho Aron en *Introducción a la filosofía política* —, los franceses no son ni filósofos ni empíricos. Carecen del gusto de pensar sistemáticamente su política y mirar las cosas como son. En realidad, los franceses son ideólogos». Es una patología del espíritu político el gusto por las ideas abstractas; discutir sobre ellas sin detenerse en «consideraciones vulgares que afectan al mundo real» es la pasión del intelectual francés. De ello resulta, curiosamente, «un batiburrillo de discusiones abstrusas, fanáticas y vanas, así como una propensión bastante cínica hacia el compromiso, lo que arruina el imperativo de una democracia armoniosa, el equilibrio entre las ideas y los intereses». Frente al carácter «contemporáneo de la realidad» del pensamiento inglés, cuya expresión extrema sería la antiideología americana (*l'américanisme*), «ajena a la formulación de un sistema de conceptos o de proposiciones», el francés acusa un estilo bien retrospectivo, a la Charles Maurras [1868-1952], bien utópico, al modo de Alain.

A decir verdad, no parecía que fuera de Alemania, Inglaterra o su propio país tuviese Aron gran interés por el resto de las naciones europeas. Lo mismo que otros escritores franceses, el autor de *El opio de los intelectuales* (1955) también padeció el complejo intelectual parisino de *Saint-Germain-des-Prés*, según el cual, lo que no importaba a las gentes del *VI^{ème} arrondissement* no existía. Aun así, en su obra pueden recogerse muy certeros juicios, en algún caso desmitificadores, sobre la situación política de países como España o Portugal, generalmente maltratados por los intelectuales europeístas. Ni siquiera cuando opinaba sobre la Guerra de España, el régimen franquista o el «complejo político español» — una sugestiva interpretación aroniana, apenas enunciada, de la decadencia española — se acomodó en los tópicos.

El libro europeo por excelencia de Raymond Aron es, como puede suponerse, *En defensa de la libertad y de la Europa liberal*, que recoge partes de un curso profesado en 1975 en el *Collège de France* sobre la decadencia de occidente. Al mismo espíritu había respondido ya en 1967 *Le mal français*, de Alain Peyrefitte [1925-1999], también *El fin del Renacimiento* (1981) de Freund y, recientemente, *La France qui tombe* (2002), filípica de Baverez. El denominador común de todas estas obras es la crítica liberal de los males europeos por excelencia, el estatismo, el colectivismo y la ideologización o ideologismo, patologías respectivas del gobierno, la sociedad y el pensamiento político. Mas el contundente alegato

aroniano a favor de los principios y valores de la prosperidad occidental, merece una lectura política suplementaria, pues en sus páginas quedó recogido también su pensamiento sobre los enemigos de Europa: el enemigo interior, es decir, los Partidos comunistas occidentales — hostiles a la propiedad privada, a las libertades formales, etc. etc. —, cuya lealtad a los regímenes liberales de occidente, según Aron, estaba todavía por demostrar, y el enemigo exterior, la Unión Soviética.

Mediada la década de los años 70, la perspectiva de un gobierno comunista en Italia o Francia no era, ni mucho menos, remota. Curiosamente, mientras los partidos vinculados con el totalitarismo pardo o negro eran puestos en cuarentena, pues así se decidió en la Declaración sobre la Europa liberada de 11 de febrero de 1945 — decisión que, según la terminología de Carl Schmitt [1888-1985], podría considerarse la parte sustantiva de la constitución de Europa, tomada esta en su sentido «positivo» —, los partidos occidentales dependientes del totalitarismo rojo fueron, inexplicablemente, integrados en el sistema constitucional. Un ejemplo más de las contradicciones de las democracias liberales, víctimas de muy similares complejos, lo mismo en la Alemania de los años 30 que en la Italia de los 70, los «años de plomo».

El más efectivo medio de acción interna del comunismo fue la «vulgata marxista», un «repertorio de prejuicios e ideas preconcebidas» que se seguía desarrollando y enseñando en occidente como una especie de doctrina escolástica y por el que seguían disputando, eventualmente, las distintas sectas filosóficas y los marxismos imaginarios (*saintes familles*). En rigor, una vez derogada la ortodoxia del materialismo dialéctico, el marxismo quedó reducido a una vaga condena de la economía liberal, acompañada de la aspiración a la propiedad colectiva de los medios de producción. En este sentido, el «eurocomunismo» fue el último intento serio de los comunistas occidentales, antes de ser seducidos por la partidocracia, para revitalizar la doctrina de la última tiranía europea. Ahora bien, la fortaleza política del marxismo vulgar residía precisamente en su ascendiente sobre muchos espíritus liberales en las épocas críticas. Ni siquiera la confrontación con la realidad bastaba para remover de raíz una ilusión cuasi religiosa, pues esta aparecía blindada por lo que Aron denominó «sinistrismo». Así, el fracaso del comunismo, en vez de promover masivos abandonos en el campo totalitario, indujo a muchos intelectuales a refugiarse en una suerte de «socialismo inencontrable» (*socialisme introuvable*), gemelo de la escapista *New Left*, curioso fenómeno irradiado desde los Estados Unidos y juzgado en términos muy parecidos, aunque más benévolos, por el sociólogo Daniel Bell [1919].

El sinistrismo consiste básicamente en un espíritu «indulgente hacia los hombres y las ideas de la izquierda» o, como puntualiza el mismo Aron en otro lugar, comprensivo con los «crímenes comunistas perpetrados en nombre de las bellas ideas». Se trata, por tanto, de la aplicación de dos sistemas de medidas: juzgar al comunismo por sus inmaculados fines doctrinales y al liberalismo por sus prosaicas realizaciones históricas. La consecuencia más grave de la táctica

comunista no fue tanto, con ser importante, su acceso a ciertos círculos de poder en los regímenes demoliberales, sino la laminación del principio de autoridad, la más grave manifestación de la decadencia interna de Europa. «El Concilio Vaticano II, las rebeliones estudiantiles y los sindicatos de soldados forman, por así decirlo, sistema, y simbolizan, si no el hundimiento al menos el rechazo de la autoridad (o de su forma actual) en el seno de tres instituciones cuyas raíces se remontan al *Ancien Régime*: la Iglesia, el Ejército y la Universidad». La cuestión es, concluye Aron, que «nadie obedece a quien no cree en su derecho a mandar». Vilfredo Pareto [1948-1923] nos enseñó que ese es, en último análisis, el epitafio de todas las clases rectoras que en la historia han sido.

El enemigo exterior de Europa fue durante mucho tiempo el Imperialismo soviético, cuyo astro político se elevó, según Aron, gracias al auxilio que le prestaron las propias democracias occidentales, pues como recordaba en *Les guerres en chaîne* (1951), a Rusia le fue entregado lo que esta no podía exigir y lo que aquellas no concedieron a Hitler. En realidad, los tremendos sufrimientos que unas naciones y otras se infligieron mutuamente en las postrimerías de la II Guerra mundial impidieron una solución *política* de la contienda, según el *jus gentium europaeum*, ordenamiento incompatible, por lo demás, con la manía norteamericana del *unconditional surrender*. ¿Por qué se aniquiló a Alemania en beneficio del enemigo de mañana y se consintió la soviétización de media Europa? ¿Por qué se «dilapidó la victoria» aliada de este modo? Todo obedece a un grave error político y diplomático que apenas si ha podido ser conjurado 60 años después con la absorción del antiguo glacis defensivo soviético por la Unión Europea. «Cuando no estamos seguros de nuestro aliado, la lección eterna de una honorable sabiduría maquiaveliana aconseja proteger a nuestro enemigo». Una vez aceptado el hecho de la neutralización política de la *Mittleuropa*, el atlantismo de Aron se nos presenta como actitud solidaria con un planteamiento realista de la relación de fuerzas. Al menos hasta que tuviera lugar la declinación del *imperium* soviético sobre las democracias populares, ocasión de su «integración en la Europa auténtica», las naciones del extremo occidental de Eurasia no tenían más elección que aceptar la protección de la superpotencia marítima. Todo lo demás le parecían invectivas de los nuevos *Graeculi* contra sus benefactores norteamericanos.

La amenaza militar soviética sobre la *finlandizada* Europa occidental o, lo que resulta equivalente en términos de potencial militar, la protección de los Estados Unidos, planteaba también el áspero problema de la decadencia y sus manifestaciones desde la perspectiva de las relaciones internacionales. A juicio de Aron, la situación de Europa en los años 70 no sería tanto la de una civilización decadente, pues consideraba que esta categoría histórica se presta con demasiada facilidad a valoraciones subjetivas, sino la de una constelación política declinante, fenómeno, el de la declinación o debilitamiento (*abaissement*), mensurable en magnitudes objetivas como la desaceleración de los índices de crecimiento económico, la pérdida de potencia militar o el desplome de la natalidad.

Raymond Aron, sociólogo y ensayista, anticomunista de vocación atlantista, se definía a si mismo como un «lector liberal de Maquiavelo». Ello nos ofrece un perfil irreplicable en el ya de por si bizarro y minoritario liberalismo francés de tradición anglófila. Un perfil capaz de concitar en su contra, durante décadas, a todo el izquierdismo del Hexágono. La rancia elección del error antes que reconocer que Aron tenía razón es, por extraño que nos pueda parecer hoy, el símbolo permanente de la manera en que el moralista trata de proscribir al escritor político realista.

3. La mentalización del mundo histórico político

Aunque Aron se lamentó en alguna ocasión el haber dilapidado su tiempo creando opinión en la prensa de masas, es justo reconocer que una buena parte de su obra trasciende el momento histórico particular. A pesar de su vinculación de treinta años a *Le Figaro*, para el que escribió infinidad de artículos hasta 1977, no estamos, sin más, ante un periodista tocado de ideólogo, tampoco ante un doctrinario o un divulgador político. Siempre dispuesto para el debate, acaso no llegó a escribir la obra profesoral de la que poder sentirse íntimamente orgulloso. Incluso en su ambiciosa *Paz y guerra entre las naciones* (1962) el analista político se impone sobre el teórico de las relaciones internacionales. Lo cual trasciende sobre su estilo literario, quizás demasiado periodístico, expansivo y, en definitiva, poco acribioso. Esto, a pesar de una prosa sin voluntad de estilo — tentación para la que reconocía carecer de la calidad literaria de un André Malraux [1901-1976] o un François Mauriac [1905-1970], además de que juzgaba muy inadecuados para el análisis los recursos retóricos —, ha podido perjudicar a la comprensión y la necesaria relectura de algunos de sus libros. Por todo ello resulta llamativo, pero al mismo tiempo lógico, que un hombre de sus inclinaciones, recibido como catedrático de sociología en la Sorbona en 1955, se embarcara en un estudio tan erudito como el que dedicó, en dos tomos, al General Karl von Clausewitz [1780-1831]. Pero también es este un libro profundamente aroniano, cuyo examen crítico difícilmente se adapta a los cánones de la crítica historiográfica universitaria; en realidad no deja de ser una obra política cuyo *leit Motiv* es si Clausewitz «sigue siendo para nosotros, en la era nuclear, portador de una lección, buena o mala». Su encuesta se justifica pues por «los odios que suscita [y] la connotación peyorativa dada a la expresión ‘neo-clausewitziano’». Al mismo espíritu respondía, por ejemplo, el «Clausewitz como pensador político, o el honor de Prusia» (1968), de Carl Schmitt, o salvando las distancias y dejando a un lado los escritos de los militares de carrera, las acotaciones, siempre sobre problemas concretos, de revolucionarios profesionales y partisanos como Lenin [1870-1924] o Mao Tse-Tung [1893-1976].

El temperamento de Aron no es, ciertamente, el del estudioso universitario. Nunca se acercó a los grandes escritores de la tradición política — Maquiavelo

[1469-1527], Montesquieu, Tocqueville — con el afán «científico» de los politicólogos. Los clásicos nunca fueron para él mera *quaestio* metodológica, ni siquiera teórica; tampoco un tema; en todo caso, un problema que no puede quedar desrealizado con una lectura de manual, puramente historiográfica. Así, el solitario de San Casciano, Maquiavelo, nunca le pareció un científico de la política, lo que sería decir muy poco de un escritor político cuya preocupación por el *Principe nuovo* se remitía a la libertad de su patria sojuzgada. El diálogo entre los grandes escritores raramente encaja en los esquemas universitarios. Para el experto en la filosofía política de Maquiavelo, el prólogo de Aron a *El Príncipe*, redactado en 1962, carece probablemente de interés exegético; sin embargo, para un realista político, sus comentarios al capítulo VII de esa obra, en el que se refieren las hazañas de César Borgia [1475-1507], valen por un glosario científico completo: «Todo el misterio y la claridad de Maquiavelo están en esas páginas. Nada es más simple, más lógico o más práctico que la enseñanza de ese relato». Y dar de ella una formulación abstracta conlleva el riesgo de la pedantería.

La mentalización aroniana del mundo político no es asunto de epistemología académica, sino un «enderezarse a la verdad efectiva de las cosas políticas» (*andare dritto alla verità effettuale della cosa*), según reza la archiconocida sentencia maquiaveliana. En un sentido formal, la «mentalización de lo político» consiste en el dominio intelectual de las circunstancias políticas — empeño generacional e ineludible —, dentro de un horizonte de posibilidades históricas dado y según los conceptos políticos vigentes, cuya trama, precisamente, constituye lo que Dalmacio Negro ha llamado un «modo del pensamiento político». En un sentido material, toda mentalización de la realidad política trae su causa de un acontecimiento político históricamente trascendente e irreversible, o sea, de la «fundación política»; esta consiste en una decisión suprema asociada a una grave mutación del orden, la cual se libra, generalmente, como una guerra civil — clásica, como la española de 1936, o insidiosa, llamada *Épuration* en Francia o *Entnazifizierung* en Alemania a partir de 1945. La proyección de todo ello sobre la nación está mediatizada por la «cultura política», en la que se transparenta el reflejo que tienen en la opinión común los elementos políticos sustantivos — institución del mando, designación del enemigo, delimitación de lo público, ordenación jurídica y señorío del espacio. Ahora bien, donde la cultura política aparece copada por un pensamiento antipolítico — caso del sinistrismo en la Europa de la postguerra —, la inteligencia política se corrompe y le da la espalda al sentido común. Entonces, parafraseando a Álvaro d'Ors [1915-2004], el saber político deviene vulgar y demencial. Aron se enfrentó con denuedo a esas circunstancias espirituales, afanándose en calar su secreto; mas no de un modo libresco, como facultativo de una disciplina, sino empeñando su propia vocación en la decantación de las experiencias políticas vividas. Tal es el argumento superior de su biografía intelectual, al que toda su obra ha de quedar supeditada en una visión englobante. Con razón se le ha podido comparar con Tucídides [460 a. C.-400 a. C.] En esta perspectiva se nos impone

una sutil articulación de los momentos característicos de su mentalización (*forma mentis*) de lo político: (a) la historicidad de la política; (b) la incoación de una «sociología política neomaquiavelista» de las formas de gobierno; (c) el maquiavelismo moderado y (d) el reconocimiento realista del primado de lo político.

4. La política en la historia

En su aparente sencillez, las lecciones sobre *Democracia y totalitarismo*, constituyen tal vez el más sistemático de los ensayos de Aron sobre los problemas de la conceptualización de la política como campo pragmático singularizado. Mucho más preciso era el título de la edición original para los estudiantes de la Sorbona:

Esquisse d'une théorie des régimes politiques. En un diálogo mayormente implícito con la tradición política, el autor rehuyó una exposición convencional del tema, pues no era su intención presentar el estado de la cuestión, sino más bien inquirir por su cuenta en las consecuencias políticas de su clasificación dicotómica de los tipos de sociedad industrial. Para ello tuvo que esforzarse en fijar su posición intelectual sobre la interrogante decisiva: ¿qué es la política? Ese es el contenido de la primera parte del curso («Conceptos y variables»), cuyo valor no estriba en la formulación sistemática de una definición, pues sus disquisiciones sobre la política-dominio y la política-conocimiento, si bien no carecen de interés, no dejan de ser adquisiciones comunes de la ciencia política. A fin de cuentas, Aron carecía de la facilidad de concepto, a la que, por otro lado, suele ser más proclive la mentalidad del jurista político que la del politicólogo. Pero si conviene insistir en la relevancia de este pequeño tratado es porque en sus páginas se condensó el espíritu del realismo político, que no es de hoy sino de todas las épocas: «el primado de lo político» (*primat du politique*). Esta es la fórmula, aparentemente banal, abarcadora de una tradición que, de otro modo, sólo muy imperfectamente podría delimitarse. Un libro que en una época de basto idealismo político, además, osa contemplar el horizonte de la corrupción de todo régimen político debería ya estar catalogado entre los clásicos políticos menores de la segunda mitad del siglo XX, al lado, verbigracia, de *El hombre, animal político* (1957), del español Javier Conde [1908-1975], o *La noción del Estado* (1967), del italiano Alessandro Passerin d'Entrèves [1902-1985]. Por cierto que da qué pensar el olvido en que han caído estas obras.

Uno de los elementos característicos de la tradición literaria del realismo político es la irrupción del tiempo sobre las formas en que se organiza la coexistencia humana, asunto del que se ocupa la Cliopolítica. Bien en el sentido primario del tiempo como materia corruptora de todas las fundaciones políticas, bien como manifestación de la historicidad de la condición humana. Así pues, puede afirmarse, con el autor, que «la corrupción de las formas de gobierno es una de las proposi-

ciones menos dudosas de la ciencia política», siendo que la historia, para el hombre, «es la esencia de su ser». Estas son las dos constantes de la cliopolítica aroniana. «El Partenón, una vez erigido — escribía en su tesis doctoral —, nada puede esperar ya de la *durée* sino la destrucción. Pues grávido de la materia, el espíritu está sometido a la fragilidad de las cosas humanas».

Su problemática fórmula historicista sobre la esencia del hombre (*l'homme est une histoire*), que se remonta a su *Introducción a la filosofía de la historia* (1938), nunca fue rectificadas, sino ocasionalmente reafirmada con el transcurso del tiempo. Así, por ejemplo, en *Les désillusions du progrès*, a propósito de los condicionantes de la acción técnica, escribe: «¿Existe una naturaleza social o humana a la que los planificadores deban obedecer? La cuestión — responde concluyente — no puede tener respuesta en cuanto que los hombres y las sociedades humanas tienen una historia, no una naturaleza fijada para siempre. Mas, aun no siendo inmutable, la naturaleza humana y social presenta ciertos rasgos permanentes». Dejando a un lado el alcance ontológico de este enunciado, la historicidad como dimensión de la temporalidad, en cuanto que afecta al hombre que está — *en* la historia y que, a la vez *es* historia, presupone la libertad: «la historia es libre porque no está escrita de antemano, ni determinada como una naturaleza o una fatalidad imprevisible». La política, por tal motivo, es elección y decisión, un «arte de elecciones irreversibles y designios a largo plazo».

En realidad, lo más característico de la filosofía de la historia de Aron, cuyos supuestos la circunscriben a la revisión crítica de las filosofías dogmáticas de la historia, así como la de los trascendentales de la ciencia histórica, es el reconocimiento de dos antinomias fundamentales, la de la «razón histórica» y la del «juicio histórico». Desde el momento en que detrás de toda filosofía política opera una filosofía de la historia, se impone un examen somero de las mentadas antinomias. En la primera de ellas se manifiesta la contraposición entre la historia como unidad total (Georg W. F. Hegel [1770-1831], Marx) y la historia fragmentada y relativa (Oswald Spengler [1880-1936]); superarla implica la integración de lo concreto y lo universal. La antinomia del juicio histórico, en cambio, enfrenta la tesis positivista de la fidelidad pasiva a los hechos con las tesis diltheyanas según las cuales, en la historia no se encuentra más que lo que la perspectiva del observador ha introducido previamente. Así las cosas, tiene razón Stephen Launay [1964] al precisar en *La pensée politique de Raymond Aron* (1995) que la distinción operante en el sabio francés entre el pensamiento comprometido (*pensée engagée*) y la reflexión (*réflexion*) le permite superar el relativismo historicista. Pues aunque el hombre, por su condición histórica, está siempre comprometido con su tiempo, la reflexión le eleva al momento de universalidad de la historia, liberándole así de sus ataduras.

El pensamiento político enseña a los hombres que «antes son ciudadanos que particulares»; que en la situación de excepción «la colectividad — la clase, la patria — exige legítimamente de cada uno que se sacrifique por una causa.

Revolución o Defensa nacional, el individuo que pertenece a la historia tiene la obligación de asumir el riesgo supremo»; en definitiva, que únicamente «en las infrecuentes épocas de tranquilidad, en las que la vida se desenvuelve al margen de los negocios públicos [...] la política se nos aparece como una especialidad de profesionales, una ocupación entre otras, más interesante que sería». De alguna manera, los momentos decisivos son aquellos en los que «las decisiones revelan su naturaleza de elecciones políticas». Generalmente, el racionalismo político, en sus diversas variantes moralistas, pseudorreligiosas o economicistas, fracasa en esta disyuntiva, pues no se trata de elegir entre sistemas ideales, entre lo óptimo y lo pésimo, sino tal vez entre lo malo y lo peor. «La ilusión del racionalista no es tanto desconocer la realidad como albergar la esperanza de que, a pesar de todo, se puede elegir según la razón». Particularmente en las divisorias históricas se impone un cierto accidentalismo de la decisión (ocasionalismo), pues se elige en un momento dado y como para ir tirando (*on choisit à et pour un moment*). El carácter *evenementielle* que la historia adopta en los esquemas aronianos viene a confirmar que la historia por excelencia es, para él, la historia política.

La política no es sólo la realidad política, sino también la conciencia que el hombre tiene de ella: el hombre común, pues en él opera una representación elemental del régimen bajo el cual vive, pero también el facultativo de la política, en su doble acepción de mero cultivador de alguna de las disciplinas politológicas o de consejero de príncipes. En cuanto a las representaciones del ciudadano, estas constituyen la fórmula elemental de la cultura política o, si se prefiere, la ideología en una acepción *neutral*, no por desusada inválida; esta consiste, según la describe Aron en *Democracia y totalitarismo*, en una «conciencia espontánea de la política». Mas interesa ahora la actitud del intelectual de la política, cuya mentalización de la misma puede no sólo modelar la opinión pública (pedagogía política), sino determinar la decisión del gobernante, pesando sobre su ánimo (consejo político). Aron no careció de la vocación pedagógico-política, ejecutada en miles de análisis periodísticos. Como pedagogo político, vocación desarrollada en el análisis periodístico, chocó contra el muro de silencio del sinistrismo. Moderadamente optimista sobre el futuro, creía que su obligación de intelectual era combatir con buenas ideas las falsas doctrinas. Por tal razón, su figura de «espectador comprometido» representaba para los pseudorrevolucionarios de 1968 el «polo negativo». Su posición en las más importantes tribunas periodísticas del pensamiento liberal y conservador francés fue empero envidiable, lo que relativiza las consecuencias de la inexistencia de una escuela aroniana en sentido universitario. Al mismo tiempo que supo llegar a amplios sectores de la ciudadanía, patrocinó y lanzó dos importantes revistas de pensamiento político: *Contrepoint*, una referencia muy importante de los años 70, y *Commentaire*, cofundada con Jean-Claude Casanova en 1978 y en la que con el transcurso del tiempo se ha ido acentuando la vocación liberal y atlántica del proyecto original.

Aron, que vivió de cerca la política en una etapa históricamente decisiva, no quiso oír la llamada del poder. Tal vez ejerció con discreción el consejo político, pero nunca «lamentó no haber sido el Kissinger de un Príncipe». En una conferencia de 1969, pronunciada en el Instituto Italiano de París para conmemorar el V centenario del nacimiento de Maquiavelo, concluía con estas palabras reveladoras de un estado de espíritu: «Nunca franqué el umbral de la acción política, permaneciendo [...], como todos aquellos que especulan sobre la acción y no actúan, frustrado y secretamente satisfecho». «Prudente en mis escritos, dice al epilogar sus *Memorias*, domino malamente mis opiniones. Con facilidad, por motivos circunstanciales o de humor, me libro a fórmulas extremadas que no expresan realmente mi pensamiento profundo y que pueden llegar a desacreditarlo». Ni el autor encajaba en la caracteriología del político, ni se engañaba al respecto. Con la experiencia de los años, una anecdótica conversación con Joseph Paganon [1880-1937], Ministro de Obras públicas en 1932, devino proverbial. Al estilo *normalien*, Aron explicó al ministro la situación de Alemania, a lo que este respondió, no sin ironía: «Bien, ¿pero usted que haría si se encontrara en el lugar del Ministro de Asuntos Exteriores?» Aquella interrogación se convirtió en el lema capital de su praxiología política, dejando entrever su repudio del activismo vano y gratuito de cierta especie intelectual, eternamente discordante. Pues una cosa es, en efecto, la *facultad de denunciar* y otra, muy distinta, el *tener que decidir* con todas sus consecuencias. Recomendar o desaconsejar el abandono de Argelia era una cosa, pero firmar los Acuerdos de Evian era algo cualitativamente muy distinto. Cuando menos requería de una fortaleza de ánimo que no es imprescindible para redactar exhortos. La virtud del político resuelto no admite las cláusulas de conciencia de los hombres puros, tampoco los remilgos del intelectual. Así reza en la cuarta empresa de *Idea de un príncipe político cristiano* (1640) de Diego Saavedra Fajardo [1584-1648]: «Los ingenios muy entregados a la especulación de las ciencias son tardos en obrar y tímidos en resolver [...] Más desembarazado obra un juicio natural, libre de las disputas y sutilezas de las escuelas».

5. Despoetizar los régimes

Si el político no necesita de mucha ciencia para gobernar, no es menos cierto que tampoco la inmediatez de la política garantiza una más clara conciencia de la realidad o mayor fidelidad a los hechos. «Yo he visto la política en acción más de cerca que la mayoría de politólogos — de lo cual me alegro —, pero el análisis político *in vivo*, concluye Aron, lejos de favorecer la reflexión filosófica, la paraliza». Se trata de una manifestación adicional de las insondables antinomias de la acción y el pensamiento políticos. Para conjurar, en la medida de lo posible, el bloqueo de la inteligencia política, pero también para garantizar que este se atenga en todo momento a la realidad, conviene que el estudioso renuncie a ciertos prejuicios de escuela o ideología y enfoque adecuadamente el campo de la acción

política. En este punto se aclara la apelación de Aron a un método intelectual que encuadró en la «sociología política». Por sociología política no debe entenderse aquí la deriva hacia la estadística de la Ciencia política americanizada, hoy predominante en Europa, sino un medio particular de acceso a lo político que se diferencia tanto de la filosofía política como de la ciencia jurídico-política. En efecto, mientras que la filosofía política se ocupa de la reflexión sobre el régimen mejor y el jurista político — hoy diríamos constitucionalista — hace lo propio con la constitución, la sociología política aroniana consiste en el estudio de los regímenes políticos, presumiendo que no existe una forma de gobierno óptima o, en todo caso, que no nos es dado conocerla. Así, el sociólogo francés rechazó la visión finalista de la naturaleza humana, pues en ella viene prendida justamente la idea de un régimen que cumpliría, mejor que ningún otro, la vocación eterna del hombre. Tampoco aceptó la doctrina neomaquiavelista, «última etapa de la disolución de la filosofía clásica o de la concepción moral de la política», por constituir una «filosofía parcial» que hace de la lucha por el poder la esencia de la política.

«Explicar un régimen es despoetizarlo», dar de él, consecuentemente, una explicación no ideológica. Pero comprender un régimen no excluye la posibilidad de juzgarlo, pues el hombre no es un ser desencarnado. El problema, escribe evocando la neutralidad axiológica (*Wertfreiheit*) de Weber, es la «parcialidad no reconocida». De ahí que su sociología política contemple como elemento esencial el «esfuerzo de sublimación de las pasiones». Tal vez su contribución más notable al método que Freund llamó «demostrativo» está cifrada en este pasaje de *Democracia y totalitarismo*: «la teoría sociológica de los regímenes políticos de nuestro tiempo pone el énfasis en las instituciones, no en las justificaciones o en los ideales proclamados. La teoría sociológica está referida a la realidad, no la idea. ¿Qué debemos entender por realidad? Ante todo y simplemente las realidades políticas conocidas de todos nosotros, aquellas que podemos observar cotidianamente». Es propio de ideólogos juzgar un régimen político según los patrones de una justicia abstracta, se llame esta Libertad o Igualdad, Revolución o Desalienación. El juicio verdaderamente político se atiene a un canon mucho más modesto, el de la constatación de que un gobierno ha alcanzado los dos objetivos que son su razón de ser: el mantenimiento de la paz y el orden interiores y la defensa de la nación frente a los enemigos.

Según el modelo de Montesquieu, Aron vinculó al régimen político con el régimen social. Así, es bien sabido que *Democracia y totalitarismo* constituye una investigación politológica suplementaria a las *18 lecciones sobre la sociedad industrial*. Su objetivo primordial era lograr una «teoría de los regímenes políticos de nuestro tiempo», entendiendo por teoría «no sólo la descripción de los regímenes tal y como funcionan [sino también] la determinación de las características mayores que permiten comprender la lógica interna de cada régimen», esto es, su *principio*, el elemento constitucional vital que anima e informa cada especie de régimen

político. Su tipología de los regímenes políticos distingue entre regímenes constitucional-pluralistas y de partido único, terminología incoadora de una renovación de la teoría tradicional de las formas de gobierno, pues deja a un lado el número de los que mandan, criterio fundamental de los estudios clásicos. Mientras que el *principio* de aquellos es el «respeto de la legalidad» y el «sentido del compromiso», el de estos es la «fe» y el «miedo». La cuestión es ahora si, más allá de estas divergencias, es posible reducir a un denominador común la pluralidad de regímenes e instituciones. Aron plantea de este modo una interrogante más bien filosófica, pues en rigor se trata de dilucidar si existe una esencia de la política. El problema político por excelencia es el de la justificación simultánea de la autoridad y la obediencia, denominador común de la pluralidad de regímenes. Todo régimen político es, en último análisis, una solución o articulación concreta del problema del mando y la obediencia para utilizar ahora terminología más precisa de Freund.

Por de pronto, la incursión de Aron en la teoría de las formas de gobierno nos ofrece una pieza clásica de la literatura realista. «Despoetizar» los gobiernos o, como escribe también en sus *Memorias*, «sustituir la poesía ideológica por la prosa de la realidad», es recordarnos que no existe el régimen ideal y que todas las formas de gobierno se corrompen. No obstante, aunque todo régimen es imperfecto y prosaico, no por ello debemos engañarnos sobre las ostensibles diferencias existentes entre el prosaísmo de pesadilla de los regímenes tiránicos y la vulgaridad de lo cotidiano característica de los regímenes demoliberales. Mientras que las imperfecciones de estos son de grado, las de aquellos son de naturaleza.

Uno de los corolarios del agnosticismo aroniano con respecto a la forma de gobierno es la afirmación de que todo régimen es en realidad oligárquico. Así aparece en su *Introducción a la filosofía política*, libro que recoge una sugestiva y personal revisión de la tónica del neomaquiavelismo italiano o asimilado de los Pareto, Gaetano Mosca [1858-1941] y Robert Michels [1876-1936]: desde el examen de las tendencias oligárquicas a la tematización de los aspectos fundamentales de una teoría de la corrupción política, que a su juicio requiere, como colofón necesario, de una teoría del Legislador o Reformador de la ciudad. Transcurría el año 1952 y Aron, miembro entonces del *Rassemblement du Peuple Français*, se refería a de Gaulle y al agotamiento de la IV República. Esas páginas se cuentan, sin duda, entre las más maquiavelistas de su obra. Pero, ¿acaso fue Aron un maquiavelista?

6. El maquiavelismo moderado

El maquiavelismo, doctrina sensible a lo que divide a los hombres, suele presentarse generalmente como un sinónimo del realismo político. De uno y otro se dice que participan de una antropología pesimista y de una radical desconfianza en el hombre, llámese maldad, peligrosidad o, sin más, estupidez humana. Pero todo esto resulta demasiado vago para tener que aceptarlo automáticamente. Si

además de la indefinición y variabilidad terminológica «maquiavelismo», «maquiavelista», «maquiaveliano» tomamos en consideración las enumeraciones de autores en las que se combinan no sólo realistas políticos con maquiavelistas, sino también estos últimos con sus adversarios, los antimachiavelistas, resolveremos que o bien se realiza una ardua labor de sistematización y delimitación historiográfica-política de estas doctrinas, o bien ni siquiera merecerá la pena detenerse en ellas. Naturalmente, aquí nos basta con dilucidar la actitud de Aron ante el maquiavelismo, cuya preocupación por este asunto se remonta a una disertación de 1939 ante la Sociedad Francesa de Filosofía titulada «États démocratiques et État totalitaires». La cuestión, central para la temática del maquiavelismo, era si un régimen político podía servirse de ciertos medios, pero no de otros. Desde el punto de vista de la eficacia, entendía Aron que los regímenes democráticos debían defenderse de los totalitarios siendo capaces de las «mismas virtudes». En este sentido, el hecho de que una democracia recurriera a ciertas políticas desarrolladas por las dictaduras totalitarias política natalista, política social no hacía de aquella un régimen fascista. Al mismo tiempo, el entonces joven filósofo de vuelta del socialismo, trabajaba en una colección de ensayos sobre el maquiavelismo contemporáneo. Publicada en 1995 en el volumen *Machiavel et les tyrannies modernes*, era un intento de presentar sistemáticamente el maquiavelismo de Maquiavelo, acompañado de diversas consideraciones sobre la explotación totalitaria del mismo en la época contemporánea. Este nuevo maquiavelismo consistía en la «adaptación de la técnica autoritaria y del método realista-racionalista a la condiciones actuales de la política». Uno de los referentes intelectuales de esta operación había sido Pareto, «el más célebre de los sociólogos pesimistas». Después de haber trazado el paralelismo entre los dos italianos naturaleza humana, teoría de los medios y los fines políticos, aclarando que el maquiavelismo es, ante todo, una manera de pensar y no una doctrina, se ocupó de mostrar sus procedimientos.

En su conocida polémica de los años 40 con el filósofo Jacques Maritain [1882-1973] Aron puso de manifiesto que, desde el punto de vista de la acción, el maquiavelismo representa la antinomia entre la eficacia de los medios y las condiciones morales de la política; circunstancias que no sólo se imponen a la inteligencia política en las circunstancias excepcionales, sino que, dadas las imperfecciones de la naturaleza humana, es algo que pertenece a todas las situaciones. En términos mucho más pragmáticos, la disyuntiva de cada decisión política no se resuelve con preferir el bien común a la potencia, pues en realidad, esta última resulta ser la condición de aquel. Hay, además, ejemplos sin cuento que demuestran que cuando el Estado es débil, la lucha por el poder es más cínica. Así, «ni los gobernantes ni los Estados pueden ignorar la adquisición y el mantenimiento de la potencia», escribe en «La querelle du machiavélisme» (1943). Se diría que la elección última no depende de ellos, sino que «el orden político termina por imponer la supremacía de la regla de la eficacia». Pero el maquia-

velismo, no sólo es una suerte de teoría de los medios políticos, a la que las tiranías contemporáneas han añadido la innovación de la propaganda, la organización del entusiasmo colectivo. En otra perspectiva, no praxiológica sino gnoseológica, el maquiavelismo, en cuanto visión desencantada de la realidad, es la constatación del «primado de la observación» o de la historia, cuya lección no es muy alentadora: «fatalidad de la corrupción y de los ciclos políticos, eternidad de las pasiones, poder de la fortuna para combinar los acontecimientos y determinar las situaciones, eficacia de la voluntad humana».

Aron, que hasta el comienzo de la guerra se mostró bastante crítico con el maquiavelismo, pues le parecía una teoría de la barbarie, aceptó el término maritainiano de «maquiavelismo moderado», aunque nunca se consideró expresamente como tal. Contra el utopismo de Maritain, que proclamaba que «nunca está permitido hacer el mal por cualquier bien que sea» y que «el maquiavelismo no triunfa» porque «destruir no es triunfar», Aron entendía que de nada sirve hacer valer la *durée* humana contra el maquiavelismo absoluto si la derrota de nuestra nación ya se ha consumado. En el fondo, la política no es asunto de intelectuales, sino de los hombres de Estado que se deben a la comunidad, de cuyo destino se hacen responsables. «Por lo demás, tal vez quien ha refundado un Estado destruido por la guerra civil, empleando incluso medios despiadados, se salvará a los ojos de Dios». Podía haberlo escrito Maquiavelo, pero son palabras de Aron en el homenaje que la UNESCO tributó a Maritain en 1982. El maquiavelista moderado debe reconocer los imperativos de la *razón de Estado*, pues aunque se nieguen, «mientras siga existiendo el Estado, existirán para los gobernantes razones de Estado». A pesar de estas evidencias, algunos estudiosos han sostenido que el maquiavelismo moderado no es más que un incidente en la trayectoria intelectual de Aron, explicable por la situación de excepcional de la guerra. Todo indica que esta opinión no tiene otra explicación que la mala fama de la doctrina del Florentino.

La formulación más precisa de la regla de prudencia característica del maquiavelismo moderado se debe a Aron, quien reconoció que las restricciones impuestas por las circunstancias «hacen vano pensar que siempre se tiene la libre elección de medios». Las terribles experiencias de la guerra y el terrorismo no han dejado lugar a dudas: ningún régimen político puede, incondicionada y permanentemente, elegir sus medios. Estos dependen, en efecto, del entorno social y de las condiciones de rivalidad entre los individuos y los Estados, y no tanto de las intenciones de la elite gobernante. En realidad, es la hostilidad declarada del enemigo la que introduce los elementos que condicionan el juicio político. Este principio ya lo había formulado el autor en 1939: «Quien aspire a subsistir en el orden histórico tiene que transigir con los medios eficaces, pues sólo las armas pueden resistir a las armas. El pueblo que quiera vivir necesita de un mínimo de potencia y de consentimiento a la violencia». De ahí que tampoco pueda desconocer el político prudente el cálculo realista de la relación de fuerzas.

7. El primado de lo político en el liberalismo

Si, en cierto modo, el maquiavelismo moderado se predica del hombre de acción, la noción de realismo político debería reservarse para el escritor o jurista político que adhiere la tradición del primado de lo político. Cuando se dice de estos escritores que únicamente contemplan la política bajo la especie del poder, se confunde interesadamente el cinismo político con el realismo. Eso explica los equívocos semánticos de la *Power Politics*, tal vez una ideología de las relaciones internacionales.

La tesis fundamental de Aron es el primado de lo político, convicción que en él se decanta a partir de su conversión al realismo político y empieza a tomar cuerpo en su breve nota berlinesa de 1932 titulada «Réflexions de politique realiste». Es esta, como ha señalado Rémy Freymond, una profesión de fe política. Particularmente llamativa resulta la invocación final de la actitud típicamente liberal frente a la política y el poder: acéptese su necesidad, pero «sin ilusión, sin pesimismo». Ahora bien, ¿en qué consiste el primado de lo político? ¿hasta qué punto puede determinar este presupuesto la repolitización del liberalismo?

En 1944, en su ensayo sobre «L'avenir des religions séculières», Aron se refería críticamente al primado de lo político, pues entonces aparecía monopolizado por unas ideología que amenazaban con asfixiar el «sentido de los valores universales». Aunque a partir de ese momento siempre escribió como realista político, únicamente en sus cursos de la Sorbona sobre la sociedad industrial se ocupó expresamente de este asunto. Muy sintéticamente, el primado que Aron atribuyó a lo político se explica, en términos de la vida humana colectiva, por su mayor trascendencia, pues «lo político toca directamente el sentido mismo de la existencia», en mayor medida que la actividad económica. La cuestión sería, en todo caso, por qué un enunciado como este se presenta, al menos aparentemente, como una consecuencia de sendos estudios económicos y sociológicos sobre la sociedad industrial. En realidad, que las lecciones' *Democracia y totalitarismo* ocupen el último lugar de la trilogía no tiene mayor trascendencia, pues a juicio de Aron demuestran que tanto los sistemas económicos contemporáneos como las diversas distribuciones de clases dependen fundamentalmente de una decisión política. Así, es el primado de lo político el que explica que el género de la sociedad industrial comprenda especies tan divergentes como los gobiernos constitucional-pluralistas y los de partido único. El autor contempló la política no como una instancia parcial (o «subsistema» de la sociología parsonsiana), sino como la actividad englobante referida al todo social. «La política es la característica mayor de la colectividad en su conjunto, pues es la condición de la cooperación entre los hombres. Curiosamente, Aron reconocía haberse inspirado en Tocqueville, que una vez más acertó en sus previsiones sobre las sociedades igualitarias del futuro, que se diferenciarían por sus gobiernos tiránicos o liberales. Marx, en cambio, profetizó la desaparición del Estado y la de lo político.

Al enunciar el primado de lo político no se pretende sustituir un determinismo unilateral — por ejemplo el economicismo, marxista o neoliberal —, por otro. De hecho, Aron no lo concibió en el sentido de un primado causal, sino que reconocía que el resto de actividades también pueden obrar sobre lo político. En última instancia, la tesis aroniana es más bien una categoría de la interpretación de la historia política. Se distingue pues del primado de lo político como presupuesto de una teoría de la mediación entre los distintos órdenes humanos — economía, religión, etc. —, acepción desarrollado por Freund en *La esencia de lo político*, siguiendo en todo caso el magisterio de su maestro Aron. De una forma u otra, las enseñanzas que esta teoría puede ofrecer al liberalismo no son nada despreciables. Baste un ejemplo: dada la trascendencia histórica de lo político, no hay motivos para pensar que una política de transferencias internacionales de renta bastará para apaciguar la hostilidad contra occidente, real o potencial, de ciertas naciones receptoras de las mismas. Que el análisis económico liberal, según los casos, desaconseje o encarezca la llamada «ayuda exterior», no deja de ser un detalle políticamente irrelevante.

La política, decía Aron, tiene una «grandeza sombría», lo que no quiere decir que todos aquellos que la toman por lo que realmente es devengan escritores sombríos. Tampoco el realismo político es una especie de «ciencia funesta». El liberalismo, lejos de resultar incompatible con esta familia de espíritu, ha de encontrarse con ella. Sólo así podrá liberarse del «neutralismo» que, según Carl Schmitt, determinó su fracaso en la primera mitad del siglo XX.

Raymond Aron, realista político, fue también un «incorregible liberal», miembro notable del «liberalismo esencial de la tradición europea», heredado del siglo XIX. En ello reside su originalidad, también no pocos de los equívocos que han perjudicado a la divulgación de su legado intelectual. Contribuir al esclarecimiento de las relaciones entre el liberalismo político, el liberalismo económico y el realismo tal vez ayude a comprender mejor la obra de uno de los grandes escritores políticos europeos. Entretanto se produce la reconciliación entre el liberalismo y lo político, seguirán siendo motivo de reflexión estas palabras de Schmitt: «Lo que me entristece, pensando en Aron, es mi propia experiencia... que el liberalismo es la cosa mejor para el carácter y el *habitus* de una persona y que eso degenera inevitablemente ante la necesidad de un partido político. La política corrompe el carácter, sobre todo el carácter liberal — esta es la tragedia —».

Bibliografía

- Raymond Aron, «Réflexion de politique réaliste (1932)», en *Machiavel et les tyrannies modernes*. Editions de Fallois, París, 1993.
- *La sociologie allemande contemporaine* (1935). P. U. F., París, 1981.
- *Éssai sur une théorie de l'histoire dans l'Allemagne contemporaine* (1938). Julliard, París, 1987.
- «L'avenir des religions séculières (1944)», en R. Aron, *Une hisoire du XX siècle. Anthologie*. Plon, París, 1996.

Le primat du politique. El realismo político de raymond aron

- *Les guerres en chaîne*. Gallimard, Paris, 1951.
- *L'opium des intellectuels* (1955). Hachette, Paris, 2002.
- *Paix et guerre entre les nations* (1962). Calmann-Lévy, Paris, 1992.
- *Essai sur les libertés* (1965). Hachette, Paris, 1998.
- *18 leçons sur la société industrielle* (1962). Gallimard, Paris, 1988.
- *La lutte de classes* (1964). Gallimard, Paris, 1981.
- *Démocratie et totalitarisme* (1965). Gallimard, Paris, 1992.
- *Les désillusions du progrès. Essai sur la dialectique de la modernité* (1969). Gallimard, Paris, 1996.
- *La République impériale* (1973). Calmann-Lévy, Paris, 1973.
- *Plaidoyer pour l'Europe décadente*. Robert Laffont, Paris, 1977.
- *Mémoires. 50 ans de réflexion politique*. Julliard, Paris, 1983
- *Introduction à la philosophie politique*. Le Livre de Poche, Paris, 1997.
- *Le marxisme de Marx*. Editions de Fallois, Paris, 2002.
- Nicolas Baverez, *Raymond Aron, un moraliste au temps des idéologies*. Flammarion, Paris, 1993.
- *La France qui tombe*. Perrin, Paris, 2003.
- Donella H. Meadows (et al.), *Los límites del crecimiento económico*. Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- Colin Clark, *Las condiciones del progreso económico*. Alianza Editorial, Madrid, 1967.
- Javier Conde, *El hombre, animal político*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1957.
- Jean Fourastié, *La gran esperanza del siglo XX*. Miracle, Barcelona, 1956.
- Julien Freund, *L'essence du politique*. Dalloz, Sirey, 2004.
- *El fin del Renacimiento*. Belgrano, Buenos Aires, 1981.
- Israel M. Kirzner, *The economic point of view*. D. van Nostrand, Princeton, 1960.
- John M. Keynes, *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
- Walter Lippmann, *La cité libre*. Librairie de Médicis, Paris, 1945.
- Stephen Launay, *La pensée politique de Raymond Aron*. P. U. F., Paris, 1995.
- Jacques Maritain, Bertrand de Jouvenel, *Après la défaite*. Les Petits-fils de Plon et Nourrit, Paris, 1941.
- *Du Pouvoir*. Hachette, Paris, 1972.
- *La teoría pura de la política*. Revista de Occidente, Madrid, 1965.
- Franz Oppenheimer, *The State*. New Brunswick, Transaction Publishers, 1999.
- Alessandro Passerin d'Entrèves, *La noción de Estado*. Ariel, Barcelona, 2001.
- Alain Peyrefitte, *Le mal français*. Plon, Paris, 1976.
- Carl Schmitt, *El concepto de lo político*. Alianza Editorial, Madrid, 1991.

Le primat du politique. Le réalisme politique de Raymond Aron

Résumé

1. Libéralisme politique et libéralisme économique. 2. Aron, l'européen. 3. La mentalisation du monde historico-politique. 4. La politique dans l'histoire. 5. Dépolitiser les régimes. 6. Le machiavélisme modéré. 7. Le primat du politique dans le libéralisme.

Le primat du politique. Raymond Aron's political realism

Abstract

Political liberalism and economical liberalism. 2. Aron, the European. 3. The mentalization of the historico-political world. 4. Politics in history. 5. Depoliticizing regimes. 6. Moderate Machiavellism. 7. *Le primat du politique* within liberalism.